

¿Qué imperfección es esta de que se queja tan amargamente el gran canciller? Por todas partes se levantan clamores contra los nuevos fariseos, y tan numerosos son los testimonios que hay que escoger entre ellos. Citarémos algunos rasgos del cuadro trazado por un escritor que vió la hipocresía de cerca, pues que fué secretario de muchos pontífices: "Se os llama comediantes, dice *Leonardo Aretino* dirigiéndose á los monjes, y se os hace honor, porque sois peores que los histriones: éstos se ponen una máscara para divertir á los espectadores: vosotros llevais la máscara de la virtud para ruina de los fieles; los actores representan sus farsas en un lugar profano: vosotros manchais el santuario de los templos... Vuestra hipocresía crece en proporcion de vuestra pretension á la perfección; los más hipócritas de entre vosotros son los que se hacen pasar por más perfectos; brillan en el exterior como sepulcros blanqueados; miradlos por dentro, ¡y no hallaréis más que podredumbre!... Ved esos humildes, de mirada apagada, de ojos bajos, á quienes tomaríais por santos; si los ofendeis en lo más mínimo, estallarán su cólera y su furor, y diríais que son Agamenones ó Aquiles, ó no sé qué otros héroes más irascibles y orgullosos todavía," (1).

Despojemos de su careta la hipocresía: ¿qué queda? *Clemangis* lo dice: "Los monjes han prometido renunciar al mundo para no ocuparse sino en la contemplación de las cosas celestiales; han

(1) LEONARD. ARETIN., *adversum hypocritas (Fasciculus rerum expetendarum, t. I, p. 307)*.

prometido ser modelo de castidad, de obediencia, de pobreza. Pero su vida es todo lo contrario de sus votos: lejos de haber renunciado al mundo, se les encuentra en todas partes ménos en sus celdas; se mezclan en todo, salvo en la observancia de su regla; la abdicación de la propiedad se ha convertido en codicia y avaricia; la continencia se ha trocado en disolución. No son ya monjes más que por el hábito," (1). Su vida riñe con el nombre que llevan: "No hay gentes, dice *Erasmus*, que tengan ménos *religion* que los que se llaman *religiosos*; y pues que *monje* significa *solitario*, ¿á quién puede convenir peor ese nombre que á los que se ve por todas las plazas y los caminos?," (2). La vida espiritual no es más que una ficción; en nada difiere de la vida secular; *Gerson* lo dice: "Los clérigos no tienen ya más que un cuidado, el amor del dinero y la ambición de los honores temporales; en lugar de la Regla de San Benito, siguen la máxima de Horacio: *¡la riqueza ante todo, la virtud despues de los escudos!*," (3).

¡Hé ahí adónde conduce el ideal de la perfección cristiana! Los monjes no tienen más que las exterioridades de la vida espiritual; bajo esta apariencia de espiritualidad ocultaban todas las pasiones de los laicos: los espirituales eran seculares con la hipocresía por añadidura. ¿De qué servían, pues, entónces los monjes?

(1) CLEMANGIS, *De ruina Eccles.*, c. XXXII (VON DER HARDT, *Concil. Const.*, t. I, P. III, p. 33).

(2) ERASMO, *Elogio de la locura*.

(3) GERSON, *Op.*, t. II, p. 167, 595.

CAPÍTULO II.

REACCION CONTRA LA CONCEPCION CRISTIANA.

§ I.—Reaccion contra el monaquismo.

N.º 1.—El clero secular y el monaquismo.

Los clérigos seculares y los monjes son unos y otros los elegidos del Señor; pero al calificar de clérigos *regulares* á los monjes, la misma Iglesia reconoce que la vida monástica es el estado normal de los que tienen la elevada ambición de alcanzar la perfección siguiendo los consejos de Jesucristo. Debía preguntarse en la Edad Media, cuando se consideraba que el monaquismo realizaba la perfección cristiana, por qué no eran igualmente perfectos todos los elegidos de Dios. Los clérigos seculares hacían, como los monjes, voto de castidad y de obediencia; ¿por qué no añadían el voto de pobreza? En vano se buscaría la razón de una diferencia que parece casi injuriosa para el clero secular; y así hubo, á partir del siglo IX, tentativas para imponer la vida común á los sacerdotes como á los religiosos, de donde provino la institución de los canónigos.

El biógrafo de *San Chrodegango* nos da á conocer los sentimientos del reformador de los clérigos: "Despreciaba las riquezas, consideraba las cosas terrenales como cieno, y aspiraba, por una pobreza voluntaria, á imitar al Cristo, que se hizo pobre por

nosotros," (1). ¿Pensaba *San Chrodegango* que los clérigos seculares debían practicar, lo mismo que los monjes, el espiritualismo evangélico, pues que su desprecio de las cosas de la tierra es lo que les ha hecho dar el nombre de elegidos de Dios? Lógicamente tenía razón el santo del siglo IX; pero la lógica se estrella contra las exigencias de la vida, cuando el principio de que parte es una violación de las leyes que la rigen. La tentativa de *San Chrodegango* fracasó, y esta experiencia parecía probar que el ideal cristiano, incompatible con la vida, no convenía más que á los que hacían profesión de morir en vida. Pero hay siempre hombres que, convencidos de lo que consideran como verdad, quieren llevarla á sus últimas consecuencias; y tal fué *San Damian*, que no se contentó con volver á la Regla de San Chrodegango, creyéndola demasiado laxa porque permitía á los canónigos recibir una parte de limosnas: "Es, dice, como si se les dejara un alimento de muerte eterna," (2). Preciso es con-

(1) *Vita S. Chrodegangi*, c. XXII (PERTZ, *Monumenta*, tomo X, página 564).

(2) DAMIANI *Epist.* I, 6.

fesar que el cardenal *Damian* tenía de su parte la autoridad de los Padres de la Iglesia: "El que quiere ser discípulo de Jesucristo, dice *San Jerónimo*, no puede poseer nada de los bienes de este mundo; tiene que elegir entre la herencia de Dios y la del siglo; los clérigos han hecho su elección; por ella son los elegidos del Señor, y nada pueden tener de propio sin engañar á Dios, sin dejar de ser clérigos," (1). Encontró *Damian* un celoso partidario en un hombre cuya lógica tenacidad no retrocedía ante ningún obstáculo: "No es posible, dice *Gerhoh*, ser á la par propietario y clérigo; no hay propietarios sino según el derecho humano; según el derecho divino, todo es de Dios, y, por consecuencia, el clérigo que es propietario pertenece todavía al siglo, es secular," (2). La lógica es irresistible; pero el célebre canónigo probaba demasiado; si se le hubiera escuchado, la sociedad entera habría debido renunciar sus bienes. Sus argumentos se dirigían, en efecto, tanto á los legos como á los clérigos: nadie, según su doctrina, podía ser discípulo de Cristo sin renunciar á cuanto poseyera (3). No veía *Gerhoh* que su ideal de vida implicaba la muerte, y que, por tanto, era imposible hacer de él una ley para los clérigos que vivían de la vida real.

Negáronse los clérigos seculares á plegarse bajo el yugo del monaquismo, lo cual era una inconsecuencia; pero en la vida real, la inconsecuencia vale más á las veces que la lógica que conduce á lo absurdo y á lo imposible. Á punto estuvo, sin embargo, de llegar á ser fatal para el clero, cuando, en el siglo XIII, órdenes más severas extremaron la perfección de la vida monástica y reprobaban hasta la propiedad comun vistiendo el hábito de mendicantes. Este rigor, que igualaba á los discípulos de San Francisco con los primeros discípulos del Cristo, les dió una fuerza inmensa: nuevos apóstoles, parecían aspirar á una nueva conquista del mundo. No les bastaba ya la existencia contemplativa del monaquismo; invadieron la Iglesia militante, y amenazaron con absorber al clero; ¿qué decimos? hubo un momento en que se podía creer que iban á absorber el mismo cristianismo y á

(1) S. HIERONYMI *Epist. ad Heliodorum*.

(2) GERHON, *De edificio Dei*, en PEZ, *Thesaurus*, t. II, P. II, página 246.—IDEM, *Dialogus de differentia clericis secularis et regularis* (ib., p. 450).

(3) GERHON, *De edificio Dei*, en PEZ, *Thesaurus*, t. II, P. II, página 241.

reemplazar el Evangelio con una religión nueva.

Había existido siempre rivalidad de ambición y de influencia entre los clérigos y los monjes; mas el advenimiento de las órdenes de San Francisco y de Santo Domingo comprometió la existencia misma del clero secular. Los religiosos negros y blancos quedaban en sus monasterios y dejaban al clero secular el cuidado de las almas; pero los nuevos monjes recorrieron el mundo, y provistos de privilegios del papa, predicaban y confesaban: eran sacerdotes universales. ¿Qué quedaba con esto á los clérigos? Iglesias vacías. Tal era el fundamento de las lamentaciones del clero (1). La guerra que hizo á las órdenes mendicantes parece á primera vista guerra de codicia; pero era más bien una lucha de conservación; y lo que se trataba de conservar era un clero que vivía de la vida de los legos, á lo menos como propietario, mientras los que lo atacaban destruían todas las condiciones de la vida y arrastraban á la humanidad por una senda desconocida en que se había perdido. La oposición de los clérigos contra los mendicantes entrañaba, pues, una repulsión instintiva de la vida laica contra la vida excepcional del monaquismo.

La rivalidad entre el clero y los monjes mendicantes llenó los siglos XIII y XIV y dió origen á multitud de bulas. Hubo papas que se pusieron de parte de los clérigos seculares; pero, en general, el papado favoreció las órdenes que formaban su más sólido apoyo. No hay, pues, que extrañar que los discípulos de San Francisco y de Santo Domingo triunfaran. También llevaron la ventaja en su lucha contra las universidades. Pero su victoria era sólo debida á la fuerza; los vencidos fueron realmente los vencedores. Al término del combate, cuando los menores y los dominicos parecían dueños del terreno, habíase producido una reacción completa contra los mendicantes y aun contra el monaquismo: la realidad de la vida laica prevalecía sobre la ilusión de la vida espiritual.

Tenían los mendicantes el ardor de la conquista propio de una nueva religión; dominaban al clero, y quisieron también imperar en la enseñanza. En ocasión en que la universidad de París había interrumpido sus lecciones porque se le negaba la reparación de la muerte de algunos escolares, se apoderaron los dominicos de una cátedra. La uni-

(1) PETRI DE VINBIS, *Epist.*, 1, 37.

versidad les excluyó de toda enseñanza secular, porque se resistían á someterse á sus leyes, y los hermanos elevaron sus quejas á la santa sede. No era sólo una lucha de intereses la querrela entre la universidad y los dominicos; era en el fondo la oposición del espíritu laico contra el espíritu monástico. *Juan de Parma*, el general de los menores, tuvo la imprudencia de revelar los ambiciosos proyectos de su orden: el *Evangelio Eterno* era el programa atrevido de un nuevo cristianismo, religión mística fundada en la abdicación de toda propiedad y de todo sentimiento individual, religión que había hecho de la humanidad entera una sociedad de mendigos, religión imposible, pues que destruía al hombre en su esencia. La universidad, que llevaba la representación de la inteligencia en el siglo XIII, se sublevó contra estas exageraciones. Un hombre de energía y de carácter, como en las grandes ocasiones se hallan siempre, *Guillermo de Saint Amour*, tomó la defensa de la sociedad amenazada (1). Asistamos á la lucha; no la hubo más seria durante toda la Edad Media.

Las órdenes mendicantes hacían de la mendicidad el ideal de la vida; pero la mendicidad tiene por compañera inseparable la ociosidad; y si todo el mundo está ocioso, ¿quién cultivará la tierra? ¿De qué vivirán los hombres? Tan espirituales los hubo, que no retrocedieron ante las más absurdas consecuencias de su doctrina; decían que "el trabajo corporal es un crimen, que era preciso orar siempre, y que la tierra daría muchos más frutos orando que labrando," (2). *Saint Amour* defendió la causa de la sociedad y del buen sentido: "El trabajo, dice, es la misión del hombre; es la ley que Dios le dió al crearlo en el estado de perfección, y es, además, la obligación que le impuso después de su caída. Estamos naturalmente obligados á hacer las cosas sin las cuales no podría subsistir el género humano; y como sin el trabajo perecería, se sigue que hemos nacido para trabajar," (3). El doctor de París anonada el misticismo de los mendicantes ante las exigencias de la realidad: "La vida impone deberes, es la acción, es el desarrollo de las facultades del hombre bajo todas

sus fases: cumplir sus deberes sociales vale más que orar," (1). ¿Qué se hacía del ideal de la mendicidad bajo este punto de vista? *Saint Amour* niega que mendigaran Jesucristo y los apóstoles: "Si el Hijo de Dios nos dice que renunciemos á nuestros bienes, no es para que llevemos una vida ociosa á costa de la sociedad, porque de otro modo no harían más que cambiar de papel los ricos y los mendigos: los ricos, convertidos en mendigos, ocuparían el puesto de los mendigos hechos ricos. Si hay perfección en abandonarlo todo por Jesucristo, es á condición de vivir después de su trabajo." El doctor parisiense concluye afirmando que la mendicidad en los hombres aptos para el trabajo, lejos de ser un ideal de perfección, es un delito (2).

No es esto ya, como se ve, una mera cuestión universitaria; es la oposición entre la vida secular y la vida monástica: trátase de saber si la vida, tal como Dios la ha hecho, es el ideal ó si es una vida facticia que destruye todos los instintos de la naturaleza. *Guillermo de Saint Amour* tenía conciencia de la grandeza de su causa, y en su orden de ideas sustentaba que había incompatibilidad entre los clérigos regulares y los clérigos seculares (3); y así pensaban todo el clero y la sociedad entera. No era el doctor de París un campeón extraviado; era realmente el órgano de la universidad, la cual lo apellida, en una carta dirigida al papa, el defensor de sus derechos (4). Los letrados siguieron su opinión (5), lo cual prueba que el debate no interesaba únicamente á los clérigos y á los mendicantes, y que no quedó circunscrito á los límites de escuela. Los poetas celebraron al intrépido adversario de los monjes. *Rutebeuf* se atrevió á arrostrar el poder de una orden que era juntamente rey y papa y á abrazar el partido de un hombre perseguido á la vez por el papa y por el rey (6). La canción se hizo desde entonces expresión de la opinión pública en Francia; la poesía popular se puso de parte de la oposición; el autor del *Romançe de la Rosa* defendió á *Guillermo de Saint Amour*

(1) BULEUS, *Historia Universitatis Parisiensis*, t. III, p. 322.

(2) G. DE SANCTO AMORE, *de Periculis*, c. XII, p. 32, 33.

(3) BULEUS, *Historia Univers. Paris.*, t. III, p. 287, 288: "Ipsi regulares, nos seculares, in uno officio conjungi non debemus... Nam coherere non possunt, quibus sunt studia et vota diversa."

(4) BULEUS, *Historia Univers. Paris.*, t. III, p. 290.

(5) BULEUS, *Historia Univers. Paris.*, t. III, p. 313.

(6) RUTEBEUF, t. I, p. 161. Tomó la defensa del doctor parisiense en una composición intitulada: *De Maître Guillaume de Saint Amour*, p. 71.

(1) *De periculis Ecclesie*, en el *Fasciculus rerum expetendarum*, tomo II, p. 18.

(2) BULEUS, *Historia Universitatis Parisiensis*, t. III, p. 319.

(3) BONAVENTURA, *contra Guillelmum de Sancto Amore* (t. VII, página 373).

como campeón de la verdad contra la hipocresía (1); el pueblo mismo se sublevó contra los hermanos predicadores, y los perseguía con injurias, llamándolos adoradores de los príncipes y precursores del Antecristo (2).

Las simpatías de las clases ilustradas y el apoyo que encontraba en el pueblo señalaban a *Guillermo de Saint Amour* al odio de la Iglesia. En vano había defendido el Evangelio de Jesucristo contra el *Evangelio Eterno* de los menores: su defensa implicaba la condenación del monaquismo, y, por tanto, del cristianismo histórico. El papa condenó el *Libro de los Peligros* como "inicuo, abominable, execrable;" lo mandó quemar, declarando rebelde a la Iglesia a quien lo aprobase; escribió cartas sobre cartas al rey de Francia, a los arzobispos y a los obispos a fin de asegurar la ejecución de la bula. Muchos doctores se retractaron por conservar sus beneficios; *Saint Amour* se mantuvo firme, aun cuando el papa le condenó a destierro (3). Tenía el temperamento y el valor de un reformador: sus enemigos le acusaron de haber predicado que estaba pronto a sufrir la muerte por sus creencias y de haber exhortado a sus oyentes a no desertar jamás de la causa de la verdad (4), acusación que hace su mayor elogio. Nunca se retractó. Lamentábase el papa de que *Guillermo* se negase a dar la menor señal de arrepentimiento, aun en el seno de la miseria (5); lo que el santo padre llamaba *abismo de la obstinación* era el valor de una convicción que no cedía ni a las amenazas ni a las seducciones de la sede apostólica. No logró aterrar el papado al intrépido filósofo; y, sin embargo, vivía en el siglo en que el poderoso Federico de Hohenstaufen fué depuesto por Inocencio IV. Léjos de someterse, se atrevió *Saint Amour* a atacar, en su esencia, el poder pontificio, formulando la apelación a un concilio general (6). Puede decirse que en el orden civil fué el doctor francés el precursor de Lutero, pues que tendía su doctrina a santificar la vida laica, y, por consecuencia, a secularizar el Estado. No se

(1) *Roman de la Rose*, v. 12127 y sig. (t. II, p. 186). Comp. los versos 11912 y siguientes.

(2) MATTH. PARIS, ad a. 1256.

(3) BULEUS, *Hist. Univ. Paris.*, t. III, p. 311 y sig., 342 y siguientes.

(4) BULEUS, *Hist. Univ. Paris.*, t. III, p. 324.

(5) BULEUS, *Hist. Univ. Paris.*, t. III, p. 343, 354.

(6) "Non est veritas ponere os in colum contra Sedis Apostolicæ potestatem" (BULEUS, *Hist. Univ. Paris.*, t. III, páginas 354, 324).

engañaron en ello los dominicos, cuando en el siglo XVII se imprimieron las obras de *Saint Amour*, obtuvieron un decreto del Consejo privado del rey que prohibía venderlas, *so pena de muerte* (1).

Formidables adversarios encontraron las ideas del doctor parisiense: *Santo Tomas* y *San Buenaventura* tomaron la defensa del monaquismo, cuya apología ofrece tanto interés como el ataque y revela mejor todavía la importancia de la polémica. No se daban bien cuenta acaso los adversarios de las órdenes mendicantes de la trascendencia de su crítica, mientras que los apologistas revelaron el último fin a que tendían. Vamos a ver que estaba comprometido en el debate el cristianismo.

¿Cuál es el ideal de la perfección cristiana? "No puede haber duda en este punto, contesta *Santo Tomas*. Jesucristo dice que es la pobreza el desprecio y la renuncia del mundo (2): eligió una madre pobre y una patria más pobre todavía, para mostrarnos desde su cuna el camino de la perfección. ¿Habrá renegado como hombre la enseñanza que dió con su nacimiento? Él declara que no poseía ni un rincón donde reclinar su cabeza. ¿Qué responde a los que le preguntan cuál es el camino de la perfección? "Si queréis ser perfectos, id y vended cuanto tenéis, repartiéndolo a los pobres y seguidme." Prohíbe a sus discípulos que posean oro y plata, y con más razón tierras. ¿Quién osaría negar que los consejos evangélicos son la expresión de la perfección cristiana? Y no es sólo a sus apóstoles a quienes Jesucristo recomienda la pobreza; la exalta sin cesar, al punto que se la podría considerar como la condición de la salvación: ¿hay que recordar a los ricos las terribles palabras que atestiguan cuán difícil les es entrar en el reino de los cielos?" (3). Tal es el ideal cristiano; para practicarlo establecieron San Francisco y Santo Domingo nuevas religiones. ¿Qué hacen, pues, los que los persiguen con su odio sino atacar el cristianismo? (4). No vacila *Santo Tomas* en tratar de herejes a sus adversarios: "Son peores, dice, que Joviniano y Vigilancio; no se contentan con igualar y aun preferir las riquezas a la pobreza; condenan la pobreza de una manera absoluta. ¿Qué se hace entonces de los con-

(1) *Histoire littéraire de la France*, t. XXI, p. 468, nota.

(2) S. THOMAS, *Opusc. XVII*, c. 1 (*Op.*, t. XVII, p. 104).

(3) S. THOMAS, *Opusc. XVII*, c. XV (*Op.*, t. XVII, p. 113); *Opusc. XIX*, c. VI (*Op.*, p. 141).

(4) S. THOMAS, *Opusc. XVII*, c. 1, p. 105: "Evangelica et apostolica consilia, quantum in ipsis est, reddentes inania."

sejos evangélicos?" (1). *Santo Tomas* tenía razón. Verdad es que, en apariencia, se trataba sólo de los menores y de los dominicos; pero la fuerza de las cosas llevó a los enemigos de las órdenes mendicantes a combatir la institución misma del monaquismo, y, por consiguiente, el cristianismo tradicional.

Es lo que resulta también de la apología de *San Buenaventura*, quien se ve obligado a probar que la vida monástica es la vida perfecta. Casi se avergüenza de hacerlo el santo doctor, exclamando, después de citar los unánimes testimonios de los Padres de la Iglesia y de los concilios: "Si alguno sostiene lo contrario, no hay que decir que está en el error, sino que está atacado de locura" (2). Consideraban los adversarios del monaquismo superior la vida de los clérigos seculares a la santa existencia de los monjes (3), y llegaban hasta combatir los votos perpetuos (4). ¿No era esto, como dice *Santo Tomas*, igualar la vida religiosa y la vida laica? ¿No era atacar en su fundamento el ideal de la perfección cristiana, y, por consecuencia, el cristianismo? La lógica arrastraba a los hombres que, por su profesión de lógicos, estaban acostumbrados a manejar las ideas como cifras. Los mendicantes pregonaban el desprecio del mundo, y sus adversarios proclamaron resueltamente que no se debía despreciarlo: "No son, decían, las cosas creadas por Dios lo que constituye la imperfección; es la debilidad del hombre, que no sabe hacer uso de ellas." "Así pues, responde *San Buenaventura*, siendo los bienes temporales la obra de Dios, siendo las mujeres creadas por Dios, estando instituido por Dios el matrimonio, y siendo el libre albedrío un don de Dios, es perfección tener riquezas, casarse y usar del libre albedrío. ¿Qué se hace entonces de los consejos de Jesucristo y de la perfección evangélica?" (5). Llegaban los adversarios del monaquismo a un orden de ideas, al cual es esencialmente hostil el cristianismo: la *naturaliza* recobraba sus derechos. ¿A qué vienen las morti-

(1) S. THOMAS, *Opusc. XIX*, c. VI (t. XVII, p. 140).

(2) S. BONAVENTURA, *Apologia Pauperum* (t. VII, p. 389).

(3) Tal era la doctrina de uno de los más ardientes defensores del clero secular, GODOFREDO DE FONTAINES, canciller de la Iglesia y de la Universidad de París (*Histoire littéraire de la France*, t. XXI, p. 550.—FLACIUS ILLYRICUS, *Testes Veritatis*, página 172).

(4) S. THOMAS, *Opusc. XVII*, c. XI y XII (t. XVII, p. 113 y siguientes).

(5) S. BONAVENTURA, *Apologia Pauperum* (t. VII, p. 393).

ficaciones de la carne y todas las demás prácticas tan predilectas a los santos? La misma abstinencia era rechazada por estos intrépidos razonadores: "Si el ayuno, decían, es una perfección, es fuerza concluir que todo uso de alimento es una imperfección, un vicio, lo cual es absurdo" (1). Decididamente el cristianismo, que es una religión del otro mundo, una religión que destruye la vida, se hacía una religión de este mundo, una religión de la naturaleza.

Tal era la inmensa trascendencia de las cuestiones que se debatían entre la universidad y las órdenes mendicantes. ¿Quién venció? En apariencia, los dominicos; después de cuarenta bulas pontificias, apoyadas por la autoridad de Luis IX, tuvo que ceder la universidad. Pero *Guillermo de Saint Amour* tenía de su parte la verdad, y la verdad, por más que se la proscrita, tiene un apoyo más poderoso que los papas y los reyes, porque es de Dios. Un doctor ilustre abrió de nuevo el debate hacia el fin del siglo XIII, y lo sometió al tribunal de la razón: *Enrique de Gante* no vaciló en rechazar la mendicidad como el ideal de la vida; reconocía que Jesucristo vivió pobre; pero ¿significa esto que quisiera hacer de la pobreza el tipo de la perfección? "Si consintió, dice, en recibir limosnas en vez de trabajar, fué por condescendencia con la debilidad humana; la verdadera perfección es la conducta de San Pablo, que enseñaba y predicaba a la par que se mantenía con el producto de su trabajo" (2). Hé ahí, pues, el ideal de San Francisco, el ideal evangélico, repudiado antes de que acabara el siglo en que fué instituida la orden de los menores. Y no era eso todo. Comparando la vida de los clérigos seculares con la de los clérigos regulares, da *Enrique de Gante* la preferencia a la vida secular; admite en teoría que la vida contemplativa es superior a la vida activa, pero la relega al paraíso: "En nuestra existencia terrenal, dice, es necesario considerar, sobre todo, la utilidad común, y, por tanto, la vida activa, que aprovecha a los demás, aventaja a la vida contemplativa, que es solitaria, y, por decirlo así, egoísta." La consecuencia es evidente: la vida de los clérigos seculares es más perfecta que la de los monjes. La vida monástica no es más que un camino

(1) S. BONAVENTURA, *Apologia Pauperum* (t. VII, p. 399).

(2) HENRICUS GANDAVENSIS, *Quodlib.* XIII, 17 (t. II, p. 383).

para llegar á la perfeccion, mientras que los clérigos, para estar á la altura de su mision, deben ser perfectos. Así invierte *Enrique de Gante* los términos de la famosa antítesis consagrada por los concilios: "Si los clérigos pueden abrazar la vida religiosa, y si ésta se declara *mejor*, no quiere eso decir que sea más perfecta en sí misma; es, al contrario, por debilidad por lo que un clérigo deja la vida activa, más expuesta á seducciones; la vida monástica es mejor, en efecto, para los débiles, porque los pone al abrigo de las tentaciones del mundo. Pero si se considera la vida religiosa en sí misma, es innegablemente inferior á la vida secular: los clérigos tienen lo mejor de la vida contemplativa, la caridad, y los monjes tienen sólo el conocimiento. ¿Se quiere saber cuál es superior? Mirad á Jesucristo: su vida, más que contemplativa, fué activa. Poco importa, despues de esto, que no hagan los clérigos voto de pobreza: ¿hicieron votos los apóstoles? No consiste la perfeccion en la pobreza exterior, sino en la pobreza espiritual; no dijo Jesucristo: ¡bienaventurados los *pardioseros* y los *mendigos*! sino: ¡bienaventurados los *pobres de espíritu!*", (1).

Echaron raíces estos sentimientos en los espíritus y entraron en la conciencia general. La decadencia de las órdenes monásticas no venía para favorecer las doctrinas de San Anselmo y de San Bernardo. En el concilio de Constanza sostuvo un monje dominico que sólo se hallaban en estado de perfeccion los que hacían los tres votos de obediencia, de castidad y de pobreza (2). *Gerson* combatió con viveza, y aún con cierta acritud, estas viejas pretensiones del monaquismo, y no ocultó la poca estimacion que profesaba á la pretendida perfeccion de los monjes: "Dejemos, dice, los debates sobre la perfeccion á los fariseos, y confesemos que cualquiera estado en que se practica la religion cristiana es un estado perfecto; Dios no es sólo el Dios de los monjes, es el Dios de los seglares, de todas las profesiones; y así, en todas las clases se encuentran personas que son obedientes, castas y pobres de espíritu, y aún las hay que lo son más que muchos de los que viven en los monasterios", (3).

(1) HENRICUS GANDAVENSIS, Quodlib. XII, 27 (t. II, p. 269-272); XII, 29 (t. II, p. 273-281).

(2) VON DER HARDT, *Concil. Constant.*, t. III, p. 106.

(3) GERSON, *Op.*, t. I, p. 467-474; t. III, p. 437-440; t. II, p. 628.

La consecuencia lógica de esta doctrina es la igualdad de la vida laica y de la vida religiosa; mas el ilustre canceller no se atrevió á ir tan allá; defendió el celibato y sostuvo que era superior al matrimonio. Esto era una inconsecuencia: una vez arruinada la perfeccion monástica, se deduce necesariamente la santidad de la vida laica. Se comprende bien esta inconsecuencia en el teólogo á quien se atribuye la *Imitacion de Jesucristo*. Pero los principios hacen su camino, á pesar de las flaquezas de los hombres. Los sentimientos que inspiraban á *Gerson* cuando representaba la vida monástica como un estado de imperfeccion habían germinado en la sociedad laica; y más consecuente que los doctores, la sociedad civil rechazó el monaquismo y el celibato.

N.º 2.—La vida laica y el monaquismo.

Bajo el punto de vista cristiano, existe una oposicion radical entre la vida de los legos y la vida de los clérigos, cuya más alta expresion es el monaquismo; y la oposicion ha nacido del espiritua-lismo cristiano, que confunde el mundo con el imperio del demonio, que considera la naturaleza humana como esencialmente viciada por el pecado original, y que no ve probabilidad de salvacion sino en el desprecio del mundo y en la abdicacion de los bienes que á él nos ligan. La idea cristiana es falsa: el mundo no es el dominio de Satanás, es el teatro y el instrumento destinado á nuestra actividad por Dios; la naturaleza no está viciada, es santa; la imperfeccion de la criatura y las flaquezas que de ella se originan son el solo pecado que nos infecta al nacer; pero si el hombre es imperfecto, es también perfectible, y el más amplio desarrollo de todas sus facultades es precisamente el fin que Dios le ha asignado, fin que no puede cumplir sino en el mundo, explotando la naturaleza y no maldiciéndola, uniéndose á sus semejantes y no huyendo de ellos. No hay, pues, dos vidas opuestas, contrarias; no hay más que una vida, la vida que está en armonía con las leyes de nuestra organizacion, cuyas leyes vienen de Dios; y esa es la vida real, mientras que el monaquismo es una vida ficticia, imaginaria, imposible. La realidad debía prevalecer sobre la ilusion y la ficcion.

Tan cierto es que el monaquismo está en contradiccion con las leyes eternas de la naturaleza,

que no fué jamás tomado en serio sino por algunos hombres excepcionales; para la masa de los monjes, la vida del claustro era una posicion que unos buscaban por ociosidad, otros por necesidad, y casi todos conservaron detras de los muros del convento los gustos y las pasiones de la vida del mundo. El autor de la *Imitacion de Jesucristo* lo confiesa: "Los más, dice, escuchan el mundo con preferencia á Dios, y más les gusta seguir los deseos de la carne que la voluntad divina.", "Los mismos santos, á pesar de todos sus esfuerzos, no llegaban á olvidar el mundo. Oigamos las dolorosas lamentaciones de la *Imitacion*: "Yo quisiera ligarme á las cosas del cielo, y mis pasiones me sumergen en las de la tierra... ¡Oh, cuánto sufro dentro de mí cuando, meditando en las cosas del cielo, vienen á presentármese en tropel las de la tierra durante mi oracion! Haced, Dios mío, que brille vuestro rayo y disipe estas visiones de la carne.", (1). Comprendemos este fervor de un alma piadosa, pero no podemos asociarnos á las desordenadas aspiraciones que implica. La vida monástica, tomada como regla de grandes sociedades de hombres ó de mujeres, es una vida imposible; la incompatibilidad del monaquismo con las exigencias de la realidad se produce á cada paso y en todas las manifestaciones de la vida.

Bajo el régimen feudal, época del grande esplendor del monaquismo, reinaba en la sociedad laica el amor de los combates y de las aventuras: no podía darse oposicion más radical que la que separa al guerrero del monje y resalta con notable candor en las *Canciones de Gesta*. Los héroes de estos poemas acaban, á veces, su agitada existencia en un monasterio; pero los hábitos de la vida caballeresca forman un cómico contraste con los deberes de su nueva profesion. *Rainouart* no había puesto jamás el pié en la iglesia; júzguese cuál sería su asombro al entrar en el claustro; se deja rasurar, tonsurar y encapuzar; pero cuando el abad le recomienda que ayune cuatro días á la semana, que vista un cilicio y que vaya todas las noches á orar á maitines, el caballero se resiste y dice al abad que miente, y jura que comerá, sucede lo que quiera, gordos capones y buena caza, y protesta que cantará á su manera y con la fre-

cuencia que le venga á deseo (1). Ni eran más del gusto de los caballeros los preceptos morales del cristianismo que el ascetismo de los conventos. *Guillermo de nariz corta*, hecho monje, era el terror de la comunidad; comía como seis, y era aficionado á la bebida; y cuando había bebido con exceso, lo cual le sucedía á menudo, desdichado del religioso que encontraba á su paso. Para desembarazarse de este huésped temible, le encargó el abad que fuera á buscar pescado, y le advirtió que, al pasar por un bosque, podría encontrar ladrones que tratarán de robarle el dinero ó las provisiones del convento. "Está bien, dice *Guillermo*, yo sabré defenderme, y voy, al efecto, á tomar mis armas.", "Eso no, dice el abad; la Regla de San Benito nos prohíbe expresamente el uso de la espada.", "Pero ¿y si me atacan?", "Les suplicas, en nombre de Dios, que te perdonen.", "¿Y si me piden mi capote, mi camisa, mis botas, mis escarpines?", "Hay que dárselo todo, hijo mío.", respondió el abad. "¡Maldita sea vuestra regla! exclamó *Guillermo*; yo prefiero la de los caballeros; combaten á los Turcos, y con frecuencia se bautizan en su sangre, mientras que vosotros no haceis más que beber y comer, cantar y dormir.", (2).

¿Cómo extrañar que la vida religiosa pareciera á los hombres del siglo lo contrario de la vida, es decir, la muerte? ¿No se decían los mismos monjes muertos para el mundo? ¿Qué son estos cadáveres vivientes cuya vida es una muerte? Una existencia absurda que implica contradiccion. Desde el siglo XII, la vida real era preferida á la muerte de los monjes; un abad es quien lo dice: "Los hombres siguen el ancho camino de los placeres con preferencia al estrecho del claustro; llaman sabiduría al gusto del mundo y á su desprecio, osadía; la tierra, que no es más que una prision, es para ellos la patria; y la vida actual, que es la muerte, es para ellos la verdadera vida", (3).

Al genio guerrero que había inspirado las cruzadas sucedió en el siglo XIII el espíritu mercantil; vióse á los mismos cruzados dejar la Ciudad Santa y establecerse en Constantinopla, la ciudad

(1) *Histoire littéraire de la France*, t. XXII, p. 540.

(2) *Histoire littéraire de la France*, t. XXII, p. 522 y siguientes.

(3) *EGCARD., libellus de sacra expeditione hierosolomitana* (del siglo XII); Prólogo, en MARTENE, *Amplissima Collectio*, t. V, página 513.

(1) *Imitacion de Jesucristo*, t. III, 3; III, 48, 4, 5.